

Yo fui la amante de Pablo Escobar

Virginia Vallejo conoció a Pablo Escobar Gaviria en 1983, cuando él trataba de hacer carrera política como pantalla para ocultar el origen de su dinero. Ella era una hermosa presentadora de televisión y lo sedujo la personalidad de quien después fue uno de los más poderosos capos del narcotráfico en el mundo. Por dos décadas guardó silencio, hasta que decidió hablar en relación al crimen de Luis Carlos Galán, el candidato presidencial asesinado en 1989 por órdenes de Escobar. Huyó a Estados Unidos, protegida por la DEA. El siguiente es un adelanto del libro *Amando a Pablo, odiando a Escobar*, que publicamos con autorización de editorial Grijalbo. Se trata del testimonio de Vallejo sobre su relación con el jefe del cártel de Medellín, y la del gánster con la alta sociedad y la política en Colombia. Es la visión de una mujer enamorada, que se encargó de asesorar a Escobar bajo los principios de *El arte de la guerra*. **TEXTO: VIRGINIA VALLEJO**

Virginia Vallejo, a inicios de los años ochenta.

La segunda meta de Pablo –después de amasar una fortuna colosal– es la de utilizar su dinero para convertirse en el líder político más popular de todos los tiempos. Y, ¿cómo no va a ser un acto de la más declarada esquizofrenia, de una extravagancia sin precedentes, de absoluto delirio de grandeza, del más desbordado culto a la personalidad, de un despilfarro jamás soñado, desorbitante y –sobre todo– inútil, el aspirar a la meta de regalar diez mil casas a quienes no tienen techo y pretender acabar con el hambre en una ciudad de un millón de habitantes? Y más aún en Colombia, quizás el país con los magnates más avaros y faltos de grandeza de toda América Latina.

Quienes son dueños de capitales fabulosos viven en la eterna duda de si son amados por su dinero; por ello, son casi tan inseguros y desconfiados en materias del amor como las mujeres famosas por su belleza, que a toda hora se preguntan si los hombres las necesitan realmente como esposas o novias, o para exhibirlas como posesiones y trofeos de caza. Pero en el caso de Pablo, él está totalmente convencido de que es amado por sí mismo –no por su riqueza– por sus seguidores, por su ejército, por sus mujeres, por sus amigos, por su familia y, obviamente, por mí. Si bien está en lo cierto, me pregunto si su sensibilidad extrema, combinada con lo que parece ser una personalidad patológicamente obsesiva, va a estar preparada para las trampas de la fama que se avecina y, sobre todo, para las toneladas de antagonismo que ésta va a acarrearle en un país donde la gente, proverbialmente, “no muere de cáncer sino de envidia”.

Veo a Pablo por segunda vez en público con ocasión de la inauguración de una de las canchas de baloncesto. Como su movimiento político “Civismo en Marcha” preconiza el esparcimiento sano y él siente pasión por el deporte, se ha propuesto dotar de ellas a todos los barrios populares de Medellín y de Envigado, el municipio aledaño donde se crió, y regalar la iluminación de canchas de fútbol por toda la ciudad. Para cuando nos conocemos ya ha donado varias docenas. Esa noche me presenta a toda su familia –personas de clase media baja sin un ápice de maldad en sus rostros muy serios– y a su esposa de 23 años, Victoria Henao, madre de Juan Pablo, su hijito de 6 años. *La Tata* –como la llaman todos– no es bonita, pero su rostro tiene una cierta dignidad. Es morena y pequeña y su evidente timidez contrasta con la desenvoltura de él. Al contrario de nosotros dos, que nos sentimos como pez en el agua entre las multitudes, ella no parece disfrutar mucho del evento y algo me dice que empieza a ver con inquietud la creciente popularidad de su marido. Sólo sus aretes –dos solitarios de diamante de tamaño



Pablo Escobar con su esposa, Victoria Henao, y su hijo Juan Pablo.

nunca visto– podrían delatarla como esposa de uno de los hombres más ricos del país. Me saluda con frialdad y con la misma desconfianza que leo en los ojos de casi toda la familia de Pablo. Ella lo mira con absoluta adoración, él la contempla arrobado y yo los observo con una sonrisa, porque jamás he sentido celos de nadie. Por suerte, no quiero a Pablo con una pasión excluyente o posesiva; lo amo con alma y corazón, con el cuerpo y la cabeza, con locura pero no de manera irracional, porque por encima de él me quiero a mí misma. Y mi perspicacia se pregunta si –tras ocho años de matrimonio– aquellas miradas de novios embelesados no obedecen, realmente, a la necesidad de despejar en público cualquier duda sobre su relación.

Mientras estudio a su familia con la triple perspectiva que me dan la intimidad de la amante, la objetividad del periodista y la distancia del espectador, me parece ver como a una enorme sombra que recorre la idílica escena familiar y a la multitud que se acerca a Pablo para agradecerle las miles de despensas semanales que él distribuye entre los pobres. Una tristeza inexplicable y preñada de dudas –de esas que anteceden a las premoniciones– me envuelve de pronto, y me pregunto si aquellas escenas triunfalistas con globos multicolores y música estridente en los altoparlantes pudieran ser sólo espejismos, juegos pirotécnicos, castillos de naipes... Cuando la sombra se aleja, veo con claridad lo que nadie más parece haber notado: y es que sobre toda esa extensa familia de Pablo, engalanada con sus trajes nuevos y joyas producto de una formidable riqueza recién nacida, se ciernen temores por

algo que se viene gestando desde hace tiempo y que en cualquier momento podría estallar como un volcán de proporciones bíblicas. Las inquietantes sensaciones me atraviesan y se van mientras él disfruta del calor de la multitud, de la admiración y los aplausos. Para mí éstos son el pan de cada día, gajes de mi oficio como presentadora de televisión y de incontables eventos, acostumbrada desde los 22 años a los ¡bravooo! de un teatro o a las rechiflas de un estadio; pero para Pablo son el oxígeno, la única razón de su existencia, los primeros peldaños del camino hacia la fama. Es evidente que su ardoroso discurso político toca lo más hondo de los corazones populares. Escuchándolo, me vienen a la mente las frases de Shakespeare con las palabras de Antonio en el entierro de Julio César: “El mal que los hombres hacen les sobrevive. El bien casi siempre es enterrado con sus huesos”. Me pregunto cuál será el destino de esta mezcla de mecenas y bandido, tan joven e ingenuo, de quien yo también me he enamorado. ¿Sabrá jugar bien sus cartas? Aprenderá algún día a hablar en público con un acento menos marcado y un tono más educado? Podrá mi diamante en bruto pulir aquel discurso elemental, para transmitir un mensaje potente que trascienda la provincia? Logrará hallar alguna forma de pasión más controlada para obtener lo que se propone, y una aún más inteligente para conservarlo? Transcurridos varios minutos, la felicidad que embarga a todas aquellas familias de escasos recursos me contagia de sus ilusiones y esperanzas. Doy gracias a Dios por la existencia del único benefactor laico en gran escala que Colombia ha podido producir desde que tengo memoria y, llena de entusiasmo, me uno a las celebraciones populares.

Asesora personal

El programa del basurero causa una conmoción nacional. Todos mis colegas quieren entrevistar a Pablo Escobar para averiguar de dónde saca su dinero un Representante a la Cámara suplente de 33 años que parece contar con recursos inagotables sumados a una generosidad nunca vista y con un inquietante liderazgo político producto de la insólita mezcla de dinero y corazón. Muchos quieren saber, también, cuál es la naturaleza de su relación con una estrella de televisión de sociedad que siempre ha protegido celosamente su vida privada. Niego rotundamente cualquier romance con un hombre casado y aconsejo a Pablo que no dé entrevistas hasta después del examen que me propongo hacerle frente a una cámara en su estudio privado de televisión. Acepta, pero a regañadientes.

El 2 de diciembre de 2003, cientos de personas visitaron la tumba de Escobar, en su décimo aniversario luctuoso.

–La próxima semana voy a invitarte al Primer Foro contra el Tratado de Extradición, aquí en Medellín –me dice–. Y en el siguiente, en Barranquilla, vas a conocer a los hombres más importantes de mi gremio, que ahora son también los más ricos del país. Casi todos están con nosotros en el MAS y decididos a tumbar ese esperpento a como dé lugar. A sangre y fuego si fuese necesario.

Le hago ver que con un lenguaje tan belicoso va a crearse demasiados enemigos en la etapa inicial de su ascendente carrera política. Le aconsejo que estudie *El arte de la guerra* de Sun Tzu, para que aprenda de táctica y paciencia. Le enseño algunas máximas del sabio chino, como “Nunca ataques en subida”. Me contesta que, en materia de estrategias, él va adaptando las suyas rápidamente a las necesidades del momento. Y que, como los libros le aburren cantidades, para aprender todas esas cosas sin tener que estudiárselas es que me tiene a mí, que he leído vorazmente desde niña. Como sabe que es lo último que una mujer enamora y deseable quiere oír, añade en tono festivo:

–¿A que no adivinas cuál es el alias que te he puesto para que me informen por radio cuando llegas al aeropuerto? Pues, nada más y nada menos que... “¡Belisario Betancur!”, como el Presidente de la República, para que ingreses al bajo mundo por todo lo alto! No puedes quejarte, mí V.V.!

Y ríe con esa picardía que me desarma, que borra de un tajo todas mis preocupaciones, y que me derrite entre sus brazos como si yo fuese un helado de caramelo con vainilla y trocitos de chocolate abandonado a la intemperie en una tarde estival.

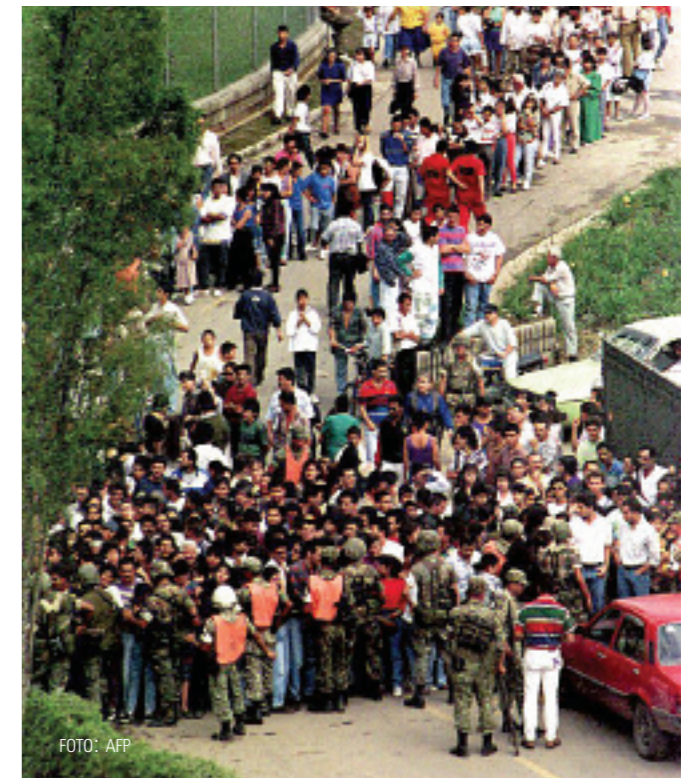


FOTO: AFP

“Le hago ver que con un lenguaje tan belicoso va a crearse demasiados enemigos, que aprenda de táctica y paciencia”

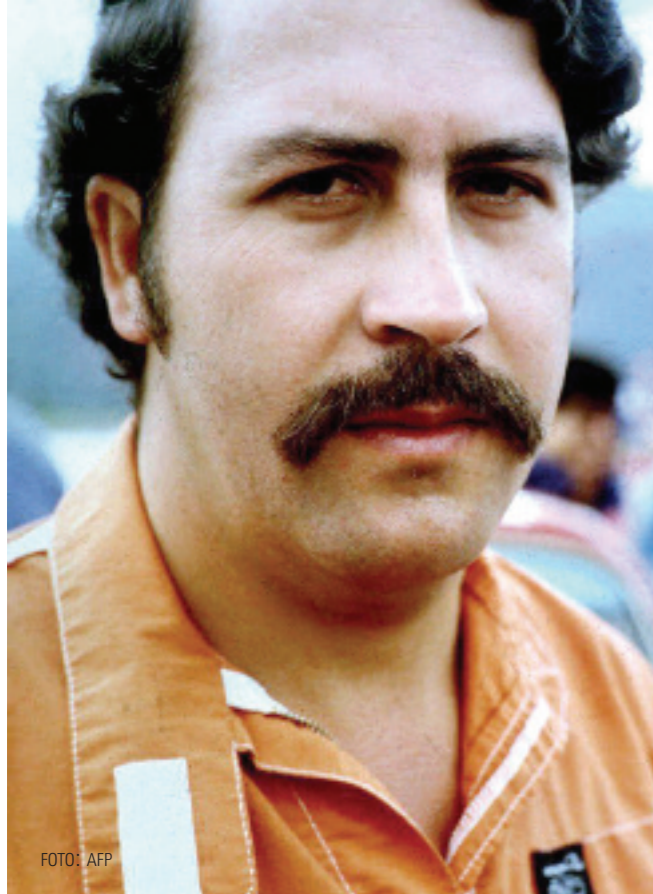


FOTO: AFP

Pablo Escobar, en los años en que iniciaba una carrera política.

Un capo seductor

Las personas que viajan conmigo en el avión constituyen un grupo cada vez más heterogéneo. Éste viene de hablar con Kim Il Sung en Corea del Norte. El otro, de la más reciente reunión de los Países No Alineados. Aquél es admirador de Petra Kelly, fundadora del Partido Verde alemán, a quien Pablo se propone invitar a conocer su zoológico y sus obras sociales. Y el de más allá es amigo personal de Yasser Arafat. Ya en las oficinas de Pablo y Gustavo, el color azul reemplaza al rojo, las gafas muy negras están por doquier, y el tono del verde no es precisamente el de los ecologistas: aquél grupo es del F2 de la Policía, el paraguayo es cercano al hijo o al yerno de Stroessner, los de más allá son generales mexicanos de tres soles, los de los maletines son vendedores de armas israelíes y aquellos del fondo han venido desde Liberia.

La vida de Pablo en esos primeros meses de 1983 parece una Asamblea Permanente de las Naciones Unidas. Y yo voy aprendiendo que el hombre que amo, más que talento para disfrazarse y comprar nacionalidades, tiene una aptitud camaleónica para adaptar su ideario político al del público consumidor: la más extrema izquierda para los auditorios pobres, los partidos políticos, los medios de comunicación y la exportación.

La más escalofriante y represiva derecha para defender su familia, su negocio, sus bienes y sus intereses ante socios multimillonarios o aliados de uniforme. Y ambos extremos para exhibir ante la mujer-reto de quien se ha enamorado sus dotes de titiritero de la Historia, en perfecto control de los hilos multicolores de aquel formidable tinglado que está armando.

Ella ha escogido como observador de sus procesos evolutivos y posible cómplice de su existencia para que ella pueda ver cómo en él están confluyendo todas las formas del poder masculino y, al convertirla en testigo de excepción de su capacidad para subyugar a todos los demás hombres, le está descubriendo también su capacidad para seducir a las demás mujeres.

“No le tiembla la voz”

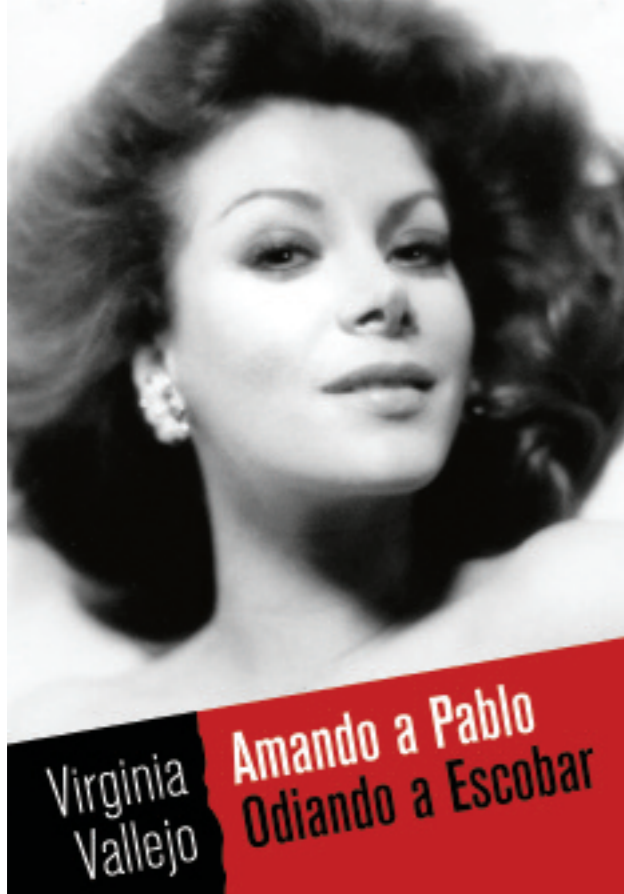
El Primer Foro Contra la Extradición se realiza en Medellín. Pablo me invita a sentarme en la mesa principal junto al sacerdote Elías Lopera, quien se ubica a su derecha. Allí escucho por vez primera su encendido discurso nacionalista contra aquella figura jurídica. Con el tiempo, la lucha contra la extradición se convertirá en su obsesión, su causa y su destino; en el calvario de toda una nación, millones de compatriotas y miles de víctimas; y en la cruz de su vida y la cruz de la mía.

En Colombia, donde la Justicia casi siempre tarda 20 o más años en llegar –cuando llega, porque en el camino frecuentemente se vende al mejor postor– el sistema está diseñado para proteger al delincuente y desgastar a la víctima, lo cual quiere decir que alguien con los recursos financieros de Pablo está destinado a disfrutar por el resto de sus días de la más rampante impunidad.

Pero una nube negra acaba de aparecer no sólo en su horizonte sino en el de todo su gremio: la posibilidad de que cualquier acusado colombiano pueda ser solicitado en extradición por el Gobierno de los Estados Unidos para ser juzgado por delitos binacionales en un país que sí cuenta con un sistema judicial eficiente, cárceles de alta seguridad, sentencias de cadenas perpetuas acumuladas y pena de muerte.

En aquel Primer Foro, Pablo habla ante sus coterreños con un lenguaje mucho más beligerante del que yo le conocía. No le tiembla la voz para atacar ferozmente al prometedor líder político Luis Carlos Galán –un candidato fijo a la Presidencia de la República– por haberlo retirado de las listas de su movimiento, Renovación Liberal, cuya principal bandera es la lucha contra la corrupción. Lo que Pablo no perdonará mientras viva es que, tras conocer el verdadero origen de su fortuna en 1982, Galán lo haya notificado de su expulsión –aunque sin mencionar a Escobar por su nombre– ▶

Pablo exclamaría orgulloso: “¡Te felicito! Ese país perdona todo menos que una mujer les diga la verdad, no?”



*Amando a Pablo,
odiando a Escobar*
Virginia Vallejo
Ed. Grijalbo
México, 2007

- ▶ ante miles de personas reunidas en el Parque de Berrío en Medellín.

Sábanas de seda

Yo había conocido a Luis Carlos Galán 12 años atrás en casa de una de las mujeres más simpáticas que recuerdo, la bella y elegante Lily Urdinola de Cali. Acababa de divorciarme de Fernando Borrero Caicedo y ella de Juan Fernando Ulloa Cabal, un rico azucarero del Valle del Cauca. Lily tenía tres pretendientes y una noche los invitó a cenar a todos juntos. Nos pidió a su hermano Antonio y a mí que la ayudáramos a escoger entre el millonario suizo con la cadena de panaderías, el rico judío de raza negra con la cadena de almacenes de ropa y un tímido joven de nariz aguilina y enormes ojos azules. Este último se llamaba Luis Carlos Galán y todo el mundo le auguraba un brillante futuro político.

Yo voté por el suizo Pierre Albrecht, un hombre adorable. Los dos guapos y traviosos hermanos Urdinola –a quienes yo apodaba “Viborita y Cascabel”– escogieron a Toby Setton, el barranquillero de la enorme sonrisa. Y nadie votó por quien, pocos meses después y a los veintiséis años, se convertiría en el Ministro más joven de la Historia. Nunca le conté a Pablo sobre esta “derrota”; pero por el resto de mi vida me arrepentiría de no haberle dado aquella noche mi voto a Galán porque, si Lily se

hubiera dejado cortejar de él, entre ambas habríamos podido arreglar más adelante ese bendito problema con Pablo y miles de muertes y millones de horrores quizás se hubieran podido evitar.

Lily se casaría luego con un chileno importante y su ex marido con una Miss Colombia espectacular que, por esas cosas de la vida, se convertiría más adelante en la segunda esposa de Miguel Rodríguez Orejuela, uno de los dos jefes máximos del Cartel de Cali. Aunque sólo lo vi una vez en mi vida –durante diez minutos y ante 400 personas que celebraban algún triunfo histórico de su equipo de fútbol– tras mi salida de Colombia en aquel avión de la DEA, la revista *Semana* publicaría en su portada la noticia de que Miguel fue ¡mi amor! Y, como prueba documental, el medio de la familia del ex presidente López Michelsen exhibirá mi sonriente foto entrevistando para televisión, micrófono en mano, al orgulloso propietario del goleador América de Cali.

La edición se agotará en cuestión de horas y, acto seguido, la Agencia EFE de Madrid y el *Nuevo Herald* de Miami me acusarán de engañar a las autoridades norteamericanas y de huir hacia Cuba para ponerme a salvo de las colombianas. Las emisoras anticastristas trinarán y la Associated Press llamará a mi hotel en Miami para averiguar si es cierto que ahora estoy “de amante” de Fidel, quien por aquellos días se encuentra en cuidados intensivos en La Habana. Funcionarios del FBI en Washington, Miami y Salt Lake City me dirán que nunca en su vida han escuchado una historia más sensacional y una docena de agentes de la DEA me pedirán que les guarde copia autografiada del libro.

Catorce millones de personas encenderán el televisor para escuchar el testimonio que dejé grabado ante la eventualidad de que me asesinaran los cárteles de la droga, las esposas de los capos, los grupos paramilitares, los grupos guerrilleros, el Senado y la Cámara en pleno, mi familia en pleno, las familias Presidenciales, los medios de su propiedad, los de los otros propietarios, los editorialistas pederastas, los directores drogadictos, los grandes magnates, los grandes banqueros, los grandes pintores, las grandes orquestas, la firma de abogados más grande del mundo, los jueces a sueldo de ellos, los organismos de seguridad del Estado, los ex fiscales Generales, los Procuradores Generales, la Policía y los generales, el Ejército y los vendedores de armas, la Fuerza Aérea y los compradores de aviones de guerra, el Gabinete Ministerial y el Gobierno, o los 215 colegas a quienes colgué el teléfono antes de tener que salir corriendo por haber abierto, finalmente, la boca que mantuve sellada durante casi un cuarto de siglo.

Pablo exclamaría orgulloso: “Puuuffff!!! ¡De la que te salvaste, Almalimpia! Y yo que creía que tenía enemigos. ¡Te felicito! Ese país perdona todo menos que una mujer les diga la verdad, no?”